

ampliadas, las cuales fueron acogidas, si cabe, con mayor favor. Trascorridos algunos años, me aconteció lo mismo en Génova, donde añadí, oportunamente, algunas nuevas reflexiones, que respondieron á las condiciones del país; y debo decir, que fueron del gusto del piadoso auditorio. De aquí el que muchos me insinuasen la publicación de ese trabajo. Estuve indeciso por algun tiempo; pero, pareciéndome, al fin, que sin duda podría servir de algun provecho á las almas, decidí darle la última mano en cuanto me era posible, durante aquellos intervalos de tiempo que me dejaban libre mis estudios, y publicarlo. Mas no contento de mi juicio, quise someterlo al parecer de persona docta, piadosa y fino criterio literario, la cual me animó y estimuló á satisfacer los deseos de aquellos que me habían pedido su publicación. Por lo tanto, me consideraré por demás recompensado de mis insignificantes fatigas, si este libro llega á ser leído por alguna persona piadosa, y si algun orador sagrado se sirve perfeccionar este nuevo modo, que he intentado, de explicar al pueblo cristiano la historia tan célebre, á la par que hermosa y variada, de nuestra religion, al discurrir sobre la vida de María durante el mes de Mayo consagrado á la misma. Mi método particular en estos discursos ha consistido, en intercalar en las descripciones de la vida de la Santísima Virgen, y de otros personajes evangélicos, enseñanzas, como queda dicho, que sirviesen para la edificación moral de los fieles; y con gran consuelo mio he podido apreciar, con que ahinco los oyentes se deleitaban, bebiendo en el deleite los documentos más exquisitos de la moral católica. Pues son de tanta eficacia las instrucciones morales, especialmente en los ejemplos de la vida de María, que parece un prodigio; y dichosos los oradores, que con sencillo y noble artificio de verdadera elocuencia cristiana sepan aprovecharse de ella. ¡Bendiga mis intenciones la Bienaventurada Virgen, Madre y Sede de la Sabiduría!

DIA PRIMERO.

LA PROMESA.

Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum et semen illius: ipsa contéret caput tuum.

Pondré enemistades entre tí y la mujer, y entre tu raza, y la descendencia suya: ella quebrantará tu cabeza.

(GEN. III, 15).

¡Cuán hermoso es el mes que nos disponemos á celebrar hoy, y que ha consagrado la piedad de los fieles á las glorias de la Virgen, Madre de Dios! Concebida desde la eternidad en la mente divina, preséntase en la plenitud de los tiempos, no sólo para curar de sus males á la naturaleza con la inocencia original de que fué revestida, sino para devolverle su primordial belleza, que la culpa le robara, por cuyo motivo será por todos los siglos, despues de Dios, la primera gloria y el más puro esplendor de la misma creación. Esta, en cambio, cada año, á la renovación de estos días, en que, á la aurora de la primavera, recobra nueva vida, y los montes, los valles, los collados, los llanos, las yerbas, las plantas y las flores parecen alegrarse de ello, como en recuerdo de lo que debe á María; invita á todas las gentes á ensalzarla en el Señor, que la crió, y que haciéndola Madre de su Hijo, dignose reparar á la humanidad en el orden sublimísimo y sobrenatural de la gracia, de la cual, separado el hombre por la culpa, cayó en un profundo abismo de tinieblas, miserias, llanto y desesperación. Y á esta voz responden, lleno el corazón de inefable alegría, los hijos de la Redención, de suerte, que, al presente, no hay pueblo, ciudad, provincia ni reino, desde Oriente al Ocaso, donde no se canten de continuo, y particularmente en estos días, alabanzas al nombre de María, ni se ensalze su belleza, su poder, su bondad y su gloria, ni se adornen sus altares con escogidas y olorosas flores, á cuyo alrededor se quema sagrado incienso y resuenan preces votivas en dulce ambiente de amor y paz. Lo mismo en la cumbre de los más elevados montes, en el fondo de desiertos

valles y dentro de espesos bosques, que en dilatadas y amenas campiñas, do quiera que penetró y vive humana criatura, ¡cuán bello es, contemplar sobre una piedra, ó al pié de una encina, ó á lo largo de un arroyuelo, la dulce y amorosa sonrisa de su imágen, cuya piedad y socorro van á saludar é implorar, al apuntar el alba y al anochecer, el pastorcillo inocente, el fatigado labrador, y hasta el asesino oculto en el bosque! ¡Oh hermosa María! Tú, apénas hecha Madre de Dios, que en aquel instante abrió á tu comprimido espíritu el más risueño porvenir, lo anunciaste en las altas cimas de la Judea, diciendo: Todas las generaciones me llamarán bienaventurada: *Beatam me dicent omnes generationes* (1). Y tu profecía no podía cumplirse más solemnemente, ya que no sólo te llamaron bienaventurada todas las generaciones, desde que la cruz de tu Hijo se levantó para el género humano como estandarte de Redencion, creciendo cada dia más ese grito, y dilatándose del uno al otro confin de la tierra; sinó que ¡oh nuevo prodigio! está destinado á extenderse cada dia más, y conmovier más profundamente todos los corazones, hasta que, cumplidos los tiempos, reine sólo la eternidad. ¡Hijos de la Redencion, que me escuchais! ¿qué practicaremos nosotros en este mes consagrado á tan augusta Reina y dulce Madre nuestra, pues hemos sido llamados por la universal alegría, á venerar ante esa devota imágen, á la que con Jesús, su verdadero Hijo, y verdadero Hijo de Dios, fué principio de nuestra Redencion? Ciertamente, que no nos hemos reunido en este templo esta noche, ni nos reuniremos todas las noches de este mes, sinó para admirarla, bendecirla y glorificarla y hacernos dignos de ella y de su Hijo, nuestro Salvador Jesucristo, con la contemplacion de sus divinas virtudes. Para esto me propongo considerarla en todos los misterios de su vida prodigiosa, desde que Dios nos la prometió en el Paraiso terrenal, hasta que en dulce sueño voló de este triste valle de lágrimas á la gloria celestial, donde está constituida reina del Universo. Pero ¡ay! oh dulce María! ¿cómo podré yo narrar dignamente á este pueblo devoto los prodigios que en Tí encerró el Señor, si los mismos Ángeles no pueden alcanzar tu altura, que participa de lo infinito, y sólo el Omnipotente, que obró en Tí maravillas jamás vistas por inteligencia creada, podría decirnos quien eres, y lo que nos dejaría arrobados en vision beatífica? ¡Oh! asisteme con tu gracia, á fin de que saque á lo ménos el fruto de acrecentar en mi corazon y en el de todos estos mis hermanos tu santo y suavísimo amor, esto es, el amor de

(1) CANTIC. B. M. V., v, 3.

Jesús, nuestro Padre, nuestro Salvador, nuestro Dios, y nuestro todo, miéntras te saludamos con el Ángel: A. M.

Poco despues de la creacion del mundo, el sol, la luna y los astros, que Job, con misterioso lenguaje llama hijos de Dios (1), cantaban alegres un himno inmenso de amor á Aquel, á cuya palabra debían su existencia; y en sus varios idiomas respondianles las yerbas, las plantas, las flores, las fuentes, los pájaros, y, en suma, todo cuanto hermosea y puebla la tierra; y este cántico de tierna juventud, celebraba la grandeza y la bondad divina en el prodigio de la creacion. El Universo era un paraiso, donde resonaba inmensa armonia como tributo de admiracion y reconocimiento al supremo Artífice de todas las cosas. Purísima la bóveda azul de los cielos, se extendia cual sublime pabellon preparado para una festividad; la tierra, vestida de encantadora belleza; los montes risueños, los valles alegres y las vertientes olorosas; y los trovadores de los bosques saludaban las primeras horas de lo criado, uniendo sus voces al murmullo de los arroyuelos, que con sus juguetonas ondas inclinaban suavemente las yerbas de las orillas. ¡Oh poderío! oh sabiduría inefable del Eterno! Ella es, ciertamente, una morada régia preparada para un gran rey, que deberá habitarla y ser su más bello y mayor ornamento: pues, ¿qué fin tendría la creacion sin una criatura capaz de conocer tanta grandeza de maravillas, y la excelsa majestad de Aquel que las crió?

Y esta criatura no se hizo esperar por mucho tiempo. Luego que Dios hubo bendecido su obra y complacídose en ella, por ser en gran manera buena, dijo: «Hagamos al hombre á imágen y semejanza nuestra, y domine á los peces del mar, á las aves del cielo, y á las bestias, y á toda la tierra. Crió, pues, Dios al hombre á imágen suya: formó su cuerpo del lodo de la tierra, é inspirole en el rostro un soplo de vida, y quedó hecho el hombre viviente con alma racional (2). Salve ¡oh bella criatura! ¡Cuán sublime es tu figura y tu comportamiento divino! Este es, hermanos míos, el progenitor de la familia humana, nuestro gran padre, de quien todos descendemos, imágen y semejanza del Criador, el primero y único padre de todo el genero humano, á quien Dios llamó Adán!

«Pero, no es bueno, añadió Dios, que el hombre esté sólo; hagámosle una compañera semejante á él; y le quitó una costilla mién-

(1) JOB XXVIII.

(2) GÉNES. II. 29.

tras estaba dormido, formó con ella á Eva, obra maestra de gracia y de pureza, la cual puso en su presencia para que la tuviese por suya; y los bendijo diciendo: Creced, multiplicaos y poblad la tierra. Os hago dueños de cuanto veis; ménos del árbol que se eleva sublime sobre todos, en medio del Paraíso; porque en cualquier día que comiereis de él, infaliblemente morireis (1).

¡Oh bondad infinita del Criador! pues ¿quién podía imaginar más benigno dominio? Solo estaba prohibido á nuestros padres, tocar los frutos del árbol de la ciencia del bien y del mal; todo lo demás estaba á su disposición, de manera, que con sólo deseárselo, todas las cosas contribuían á su contento. ¡Cuánta felicidad debieron probar en aquellos primeros instantes de su existencia! ¡Cómo sus almas amorosas, en medio de tantas delicias, serían felices por la suavidad del amor, que los elevaba hácia Dios, y cada vez más, les unía en celestial comunicacion de pensamientos y afectos purísimos y santos! ¿Qué cosa les faltaba entónces? Y para que su contento fuera perfecto, el Sér eterno é incomprendible, que del informe caos había sacado el orden, la luz y la armonía de todas las cosas, dignose descender, sensiblemente, en el Paraíso, y hablar familiarmente con ellos; maravilla suprema, sin duda, de la creacion. Así que, embriagados con sus misteriosas revelaciones, podemos muy bien creer y afirmar, que casi participaron de su divinidad.

Pero ¿cómo podremos nosotros, hermanos míos, hijos desventurados de nuestros primeros padres, expresar los arrobamientos de sus almas, al oír la voz del Señor, y acoger sus palabras divinas? ¡Oh, qué torrentes de luz y océanos de amor inundarían su seno, y haríanles gozar de una beatitud desconocida del todo á sus descendientes! No; nosotros no podremos nunca, en nuestro misero estado, imaginárnoslo, ni remotamente. No obstante, las suavidades dulcísimas que gustamos en los días, asaz cortos, de nuestra infancia, cuando nuestras madres nos enseñaban á pronunciar los dulces nombres de Jesús y de la Virgen, su Madre; y especialmente, el día que recibimos la primera comunión, y miéntras nos conservamos en la pureza del amor divino; ¿no son ya solemne argumento de la celestial felicidad para la cual fuimos criados, y de los inefables goces que los hombres hubieran saboreado sobre la tierra, conservando la inocencia en que Dios los había criado? Lo propio nos atestiguan la severidad y la alegría que vemos brillar inalterables en la frente de los justos, bien que sujetos á las amargas consecuencias de la primera

(1) GÉNES. II, 17.

culpa. Mienten, pues, y son muy miserables aquellos, que en las amarguras de esta vida, levantando orgullosos la frente contra Dios, y prorumpiendo en imprecaciones y blasfemias, le acusan de bárbaro y cruel, como si hubiese criado al hombre para la infelicidad y la desesperacion. ¡Ah! las desventuras que, con frecuencia, nos afligen, provienen casi siempre de nosotros mismos, que, por desgracia, imitamos á nuestros padres, rebelándonos contra Dios, y mostrándonos, además, insolentes, hasta el punto de imputarlas á su infinita bondad; ultraje y delito, por los cuales mereceríamos, no uno, sinó mil infiernos: y, sin embargo, su misma bondad nos tolera y aguarda á que nos arrepintamos hasta los últimos instantes de nuestra vida. ¡Oh Adán y Eva! decídselo á vuestros hijos, si Dios os había criado sólo para ser felices! En realidad, vosotros gozasteis, aunque por poco tiempo, de una felicidad, que el entendimiento humano no puede comprender; felicidad que no debía acabar nunca, sinó que comenzada en la tierra, se hubiera llenado y eternizado en el Cielo.

No, hermanos míos; el hombre no debía padecer ni morir, porque la inmortalidad forma también parte de la imágen y semejanza divina, para la cual fuimos criados; la muerte, lo mismo que el dolor, provienen del abuso que el hombre, apénas criado, hizo de la libertad que le había sido dada juntamente con la inteligencia: don magnífico, sin el cual no hay vicio ni virtud (1). De aquí arranca el origen de toda desventura. Su historia es ésta. Lucifer, ángel desventurado, que cayó al abismo (2) por haberse rebelado, ántes que el hombre, contra su Criador, entró en forma de serpiente en el Paraíso terrenal; y habiéndose acercado á nuestros primeros padres, supo introducirse de tal modo en el corazón de Eva, que los indujo á infringir el mandato divino; creyendo, los miserables, que comiendo del fruto del árbol prohibido, gozarían de una sabiduría y felicidad que les igualaría á su Criador (3).

¡Oh desventura! oh enorme delito! oh ceguedad! ¿llegar á ser semejantes á Dios en la sabiduría y en la felicidad, separándose totalmente de él, fuente increada de luz, de sabiduría y de amor, y eligiendo por centro suyo la nada, ó sea, la negacion de todo cuanto puede ser virtud? ¡Oh ceguedad! oh delito! oh desventura! que casi nos haría exclamar: ¡Ah! ¿por qué, Señor, habiendo hecho á tu criatura tan grande y tan bella, le pusiste en sus manos el cuchillo de la libertad? Pero ya lo hemos dicho; la libertad para el bien (y téngase

(1) GÉNES. IV, 6.

(2) ISAÍAS. XIV, 12.

(3) GÉNES. cap. III, 4, 5 y 6.

en cuenta que deja de ser libertad cuando no se dirige al bien) es, precisamente, el arma que nos hace grandes, y por la cual debíamos hacernos dignos de la plenitud de la eterna felicidad. Si abusamos de ella, nuestro es el delito: ¿qué culpa tiene en ello el Criador?

El hombre, pues, alejado de Dios, y, por consiguiente, de todo lo criado unido á él, se volvió contra sí mismo. Y desde aquel instante, eclipsado el rayo de la luz divina, no vislumbró más que tinieblas y abismos de muerte; y todo el universo quedó trastornado, por no permanecer á él unido en la armonía en que había sido criado: de ahí, que la tierra aparezca yerma y árida; que el Cielo pierda su serenidad y se cubra de negras nubes, las cuales, vomitando relámpagos, anuncien la cólera divina; que el sol oculte sus rayos entre las nieblas, y al parecer se cierran para el universo los manantiales de vida; en una palabra, el espíritu del mal y del orgullo, triunfando de Adán y Eva, con su pestilente sopro, esparció horrores y ruinas, donde sólo reinaba amor y armonía celestiales. ¡Oh infelicidad la de nuestros padres! ¿así temisteis á aquel Dios, que habiéndoos sacado poco ántes de la nada, os amó tanto y os colmó de tantos beneficios? así correspondisteis al infinito amor con que os distinguió, haciéndoos poco inferiores á los Ángeles, que forman la corona de su trono en el Cielo (1)? En verdad, ¡parece imposible que cometieran semejante atentado!

• Mas ¿qué digo, hermanos míos? Nosotros hemos sido criados por el mismo Dios, amaestrados por tantos infortunios sobrevenidos á aquellos desgraciados, y, además, asistidos con nuevas luces y nuevos auxilios de la Redención; y, sin embargo, somos peores que nuestros progenitores cuando hollamos la ley divina, y nos mostramos insensibles á tantos beneficios de que nos colmó, y que nos dispensa incessantemente, lo mismo en el orden de la naturaleza, que en el de la gracia. Y no una sola vez, sinó ciento y mil veces, nos reimos de sus preceptos, y despreciamos sus consejos. ¡Ay de nosotros! ¿cuál será, pues, nuestro fin? ¿Qué es lo que nos espera á su presencia, donde tendremos que comparecer, finalmente, cuando por un solo delito castigó con tan terrible pena las primeras criaturas salidas de sus manos? ¡Oh Adán! oh Eva! oh ceguedad nuestra!

Sí, hermanos míos; la historia del castigo impuesto á nuestros primeros padres, sirvanos de salvadora enseñanza. ¡Infelices! apenas hubieron probado el fruto del árbol prohibido en el Paraíso, Dios descendió inmediatamente, y los llamó, no con el sopro de un aura

(1) PSAL. VIII, 6.

apacible y suave, sinó con voz que infundía espanto. «Adán, Adán, dónde estás (1)? ¡Ay! Adán, cubierto con hojas de higuera, tiembla y se oculta en el vecino bosquecillo, donde sabedor y acongojado por su delito, había ido con su compañera á ocultar su desnudez (2). El temor que aquella voz le causa, no le deja valor para responder y comparecer. Pero, al ser llamado de nuevo, sale de su escondite, y como aquel á quien sobresalta inesperada desventura: «Señor, responde con débil voz, aquí me tienes; estoy á tu presencia.» Dios le pregunta: «¿Por qué te escondiste? Señor, responde el infeliz, tuve miedo de Ti, porque comí del fruto del árbol que Tú me prohibiste. —«Y ¿por qué, prosigue Dios, has comido de aquel fruto?—Señor, contesta Adán humillado, la mujer que me diste por compañera, cogió una manzana y comió de ella, y me dió también á mí, la que comí igualmente. —Y tú, mujer, dijo Dios entónces á Eva, ¿por qué has hecho esto?—La cual respondió: Señor, la serpiente me ha engañado (3)!

Esta confesion, hermanos míos, si bien con cierto velo de excusa, de los dos infelices habitantes del Paraíso terrenal, nos consuela, porque presentimos que los salvará de la eterna infelicidad: un Dios, que es bondad infinita é infinito amor, no podía dejar de conmoverse. Y nosotros lo sabemos ahora por su misma palabra, pues nos ha revelado, que cuanto aborrece la culpa, otro tanto se complace en la humilde confesion de cualquiera que haya faltado; y que no quiere la muerte del pecador, sinó que se convierta y viva (4). Esto no obstante, aquella confesion no bastó para librarles de toda pena: y se comprende muy bien que esto sucediera, pues á la bondad infinita de Dios responde infinita justicia, por lo mismo que Él es la suma de todas las perfecciones. Grande enseñanza es ésta para nosotros: Dios es bueno, infinitamente bueno; pero es, al mismo tiempo, justo, infinitamente justo; Dios es padre, y padre de tierno é inmenso amor; pero es, asimismo, juez, que juzga la misma justicia, y ante él no hay distincion de personas; quien quiera que peque, debe confesar su culpa, y expiarla acá en la tierra con obras de penitencia, si no quiere padecer durísimos tormentos en la eternidad. Por consiguiente, hermanos míos, humillémonos aquí con la sincera confesion de nuestros pecados, bajo la poderosa mano del Señor; lloremos nuestros errores, abandonemos las sendas del pecado, y volvamos á

(1) GENES. III, 6.

(2) IDEM. III, 7.

(3) GENES. III, 10, 11, 12, 13.

(4) EZECH. XVIIII, 23.

las de la gracia; despojémonos aquí del hombre viejo, y vistámonos de Jesucristo, para que, aplacada su justicia, nos reciba en los santos tabernáculos de su gloria.

Y esa humillacion y esa penitencia deben parecernos llevaderas; pues, terminada la confesion de su delito, pronunció Dios contra nuestros padres en el lugar de las delicias la terrible sentencia: **MORIREIS!** Sí; morireis, sin volver á gozar, poco ni mucho, acá en la tierra, de la felicidad que ya probasteis; la tierra sólo os producirá abrojos y espinas; trabajos, dolores é inefables amarguras; y, por último, la muerte (1). ¡Ay! á tal sentencia, Adan y Eva quedan como anonadados; Adan y Eva, que poco ántes participaban de la felicidad de los Ángeles; Adan y Eva, que acababan de cantar como los Ángeles, himnos suavísimos de amor divino; Adan y Eva, ahora pecadores, pálidos, degradados, riegan la tierra con amarguísimas lágrimas de inconsolable dolor. Y ¡ay! aquella tierra, que poco ántes y por tan breves instantes despedía balsámicos olores y estuvo llena de fecundidad, vuélvese de repente árida, empieza á producir espinas y abrojos; y las flores tan bellas y exuberantes de vida, inclinando su capullo, no duran más que pocas horas, ó, á lo más un día! Hé ahí porque caido el hombre de su dignidad y grandeza, perdióse para siempre con toda su posteridad; la naturaleza misma participó de tanta desventura y desconsuelo.

Sí, hermanos míos, tales son los efectos de la culpa: lágrimas, tribulaciones y desolacion en este mundo; y en el otro, tormentos de eterna desesperacion. Y la historia de Adan y Eva es la historia de todos nosotros, sus descendientes é hijos. ¿Dónde hemos hallado la felicidad, despues de haber vuelto las espaldas á nuestro Criador? ¡Ay de nosotros! si su infinita bondad y su dulce misericordia no nos hubiesen socorrido benignamente, por medio de la gracia para poder reconciliarnos con Él: la desolacion que se apodera de nosotros, una vez consumado el delito, y el remordimiento de la conciencia, que no nos deja en paz, bastaban para arrojarnos con impetuosa desesperacion al infierno! Y Adan y Eva, pronunciada la terrible sentencia, hubieran sin duda muerto en medio de los más crueles remordimientos, á no haberles socorrido aquel Dios, que pocos momentos ántes había sido ultrajado por ellos con tan monstruosa ingratitud; gracia, que nunca hubieran osado pedir, á tener conocimiento de la enormidad de su delito. Pero ¡vive Dios! que si su justicia exigia no quedase impune tan negra ingratitud, le repugnaba

(1) I. PETR. V.

tambien ver perdida para siempre la obra de sus manos: así es, que, soberanamente misericordioso y benigno, anunció, que mediante una segunda y más admirable creacion, el hombre renacería un dia, y volvería de nuevo á su amor. Esta revelacion está contenida en las palabras con que maldijo á la serpiente: «Por cuanto hiciste esto, de seducir á Eva, maldita tú eres entre todos los animales de la tierra; andarás arrastrando sobre tu pecho, y tierra comerás todos los dias de tu vida. Yo pondré enemistades entre tí y la mujer, y entre tu raza y la descendencia suya: ella quebrantará tu cabeza, y tú andarás acechando á su calcañar (1).»

¡Oh palabras, para mí más sublimes que aquellas de: *Hágase la luz; hagamos al hombre;* con las cuales reveló Dios á Adan y Eva y á toda su descendencia, el misterio de la Virgen sin mancha, y de la Encarnacion del Verbo en el seno de la misma; de Aquel que había criado el mundo, y un dia vendría á redimirlo y salvarlo! Palabras divinas del todo desemejantes á las que las preceden y las siguen inmediatamente, pues unas y otras anuncian trabajos y humillaciones para el hombre; cuando aquellas indican alegría y triunfo; el triunfo y la alegría de hollar la cabeza del enemigo, ó sea el Infierno. ¿Quién es tan ciego, que no vea la consoladora Revelacion? ¡Oh María, idea primogénita de la mente divina, hermoso y luminosísimo astro del universo y de la feliz eternidad! Tú eres, solamente Tú, la Mujer, con tanta solemnidad anunciada, como esperanza y aurora de salvacion y de paz al mundo; y, realmente, viniste un dia toda pura, santa é inmaculada para llamar la tierra á nueva vida, despues de haber pisoteado y vencido á tus plantas la maligna serpiente infernal. ¡Oh criatura divina, vestida de cándida estola y de la luz pura de la esplendorosa gracia! cuán bella es tu sonrisa, cuán llena de consuelo tu imágen para los desventurados hijos de la culpa!

Sin duda que Adan y Eva la vieron en lontananza, con el fruto santísimo de sus entrañas, en aquellas palabras llenas de misterio, que descubren nuestro estado sobrenatural por medio de la eterna Revelacion, ó sea, mediante la gran palabra proferida por Dios: de que una Mujer y su descendencia quebrantarían un dia la cabeza al enemigo. Hecho muy digno de notarse, hermanos míos: pues, por este hecho empezó la tradicion de la verdad religiosa, y la necesidad de aprenderla mediante un externo magisterio; miéntras que si Adan hubiese conservado su inocencia, hubiera bastado ser hijos suyos, para conservar en el corazon el presagio, la primicias y la certeza

(1) GÉNES. III, 15.

de nuestro divino destino. Por lo tanto, á partir de aquel instante, se apoyarán en dicha palabra la fé y la esperanza de las generaciones futuras: por eso, las que tuvieron la desgracia de perder aquella palabra, fueron perdiendo de grado en grado el juicio de la conciencia, y casi el del mismo género humano, como fueron los pueblos paganos: por el contrario; las generaciones que no la olvidaron, fueron grandes y buenas; y conservándola intacta, custodiaron las esperanzas del porvenir: tal fué el pueblo Hebreo, llamado por esto pueblo de Dios. Así que, aquella palabra y aquella promesa de la Mujer y de su descendencia, que habian de aplastar la cabeza de la serpiente, fueron como el faro de salvacion para el mundo, el único socorro en los males, y el consuelo único en los dolores de la infeliz descendencia humana. De esta manera la infinita sabiduría de Dios, nuestro Padre, atendió á nuestra salvacion.

¿Podríamos ahora nosotros ni siquiera expresar una idea del divino consuelo que experimentaron Adán y Eva, y con cuantas lágrimas de ternura dieron gracias á Dios por tanta clemencia? ¡Imposible! Como lo fuera, igualmente, pretender explicar las santas y dulces visiones que tuvieron para remedio de sus afanes en el terrible destierro á que fueron condenados. Pero, no por eso se ha de creer, que se alejara de su mente la enormidad del delito cometido, sino que, por el contrario, viendo, frecuentemente, con los ojos del alma, desfilar á su presencia las futuras generaciones, estigmatizadas por su culpa con la marca de reprobacion; ¡oh! cuántas veces á semejante vista, inclinada profundamente la frente, no pudieron ménos de exclamar: «¡Oh, no nos maldigais, vosotros los que naceis de padres tan criminales! Recordad que Dios, movido á piedad por nuestras lágrimas, nos dió la esperanza, primero, para consolar nuestro arrepentimiento; y luego, para suavizar vuestros dolores. Recordad que nos ha prometido una Mujer, y un Hijo divino, que nacerá de ella, los cuales aplastarán la cabeza á la serpiente que nos sedujo. Aquella Mujer será vuestra Madre, y aquel Hijo vuestro Padre en lugar nuestro; y nosotros, infelices, tan sólo podemos saludarlos en un muy remoto porvenir.»

¡Así lloraron, hermanos míos, y expiaron su culpa Adán y Eva! ¿No os parece que nosotros también tenemos que llorar y suspirar profundamente, por haber tantas veces trabado amistad con ese cruel adversario de Dios, causándonos, como nuestros padres, inmensa ruina á nosotros mismos, y á nuestros hermanos, ora escandalizándolos, ora incitándoles á obrar mal, ó á ponerse en lucha contra el Cielo? Pero, decidme: ¿cuándo nosotros, oprimidos de santo

terror, lloramos como ellos, y nos esforzamos en alcanzar, por medio de María, la benigna misericordia de Dios, para no caer en la reprobacion eterna? ¡Ah! desengañémonos, hermanos míos; Adán y Eva, durante el resto de su vida en este miserable destierro, sólo se ocuparon en satisfacer con lágrimas de eterno pesar á la divina justicia, que habian ultrajado, pensando en la risueña esperanza de la Mujer, y de su Hijo, que les habian sido prometidos como mensajeros de un día de redencion y de paz. Y de esta manera es como consiguieron la salvacion.

Y aquí, hermanos míos, os haría llorar y conmovier profundamente, si quisiera yo hablaros de sus continuas y apasionadas conversaciones sobre el mal inponderable que habian cometido; la terrible desgracia que les sobrevino, y la divina promesa con que el Cielo les consoló. Eran el verdadero retrato de la humilde penitencia. Obligados ámbos, Adán, á cavar la tierra para su sustento, y Eva, á ser madre en medio de indecibles angustias, nunca se quejaron de que el castigo excediera á la culpa. Antes bien: «¡Desgraciados de nosotros! exclamaban continuamente; ¡ay! ¿por qué pecamos? Éramos dueños del jardín de las delicias; y ahora, extranjeros en tierra de destierro, pasamos la vida de dolor en dolor; ya no brilla en nuestros lábios la sonrisa de la alegría, ni nuestros ojos osan mirar el Cielo, testigo de nuestra culpa; y perseguidos por el remordimiento durante el día, la noche nos horroriza con horribles fantasmas, de que es fecunda una conciencia ¡ay! tan criminal. ¿Qué sería de nosotros, si no nos alentara la divina promesa de la Mujer, que será la consoladora de nuestras desventuras, y del Salvador, que nacerá de su seno? Pero ¿cuándo aparecerá esta Mujer divina, ó cuándo vendrá el fruto deseado de sus virginales entrañas? ¡Ah! ántes que vengan, tendremos que errar largo tiempo por esta region de afanes y dolores, y luego, pasando al sueño de la muerte en el valle de las tinieblas, yacer allí sepultados por larguissimos años, pues, el Señor ha dicho, que moriremos. ¡Miserables de nosotros! ¿por qué pecamos?» Y así, llorando inconsolables el cometido error, suspiraban ardientemente por el día de la Redencion. Mas escrito estaba, que ellos no lo verian; sinó que, pasados cuarenta siglos de llanto y de duelos, aparecería María para llenar su milagrosa mision, y dar á luz al divino Salvador de los hombres, Jesucristo. Por María y Jesús debía ver el Infierno aplastada la cabeza de la serpiente.

¡Gran Dios! cuán sublime es tu misericordia! El hombre, la obra más estupenda de tus manos, que criaste á tu imágen y semejanza, pecando brutalmente, cayó de la altura en que lo habías colocado

en el mundo; y Tú, en vez de anonadarle, pensaste en salvarlo; le prometiste una Mujer, símbolo de amor y bondad, que un día quebrantaría la cabeza de la orgullosa serpiente, por la cual fué seducido miserablemente, y de sus entrañas immaculadas nacería el Salvador, que había de comunicar nueva vida á los siglos (1). ¡Ah! llenos de vivísimo agradecimiento te damos las más expresivas gracias! Anunciando á Adán y Eva, á María futura madre de tu Verbo, que en Él, y con Él, no sólo devolvería el antiguo honor á la degradada humanidad, sino que llamaría del cielo á la tierra la fugitiva inocencia, y sería aurora de paz y reconciliación para el mundo, nos tenías presentes á todos nosotros, y nos la dabas por Madre, Madre purísima é immaculada, en cuyo olor celestial se recrearían todas las generaciones humanas (2); Madre sublime y generosa, que nos daría á luz con inefable dolor al pié de la Cruz; Madre, verdadera maravilla del cielo y de la tierra, por todos los siglos de los siglos! ¡Oh! sí, nosotros cantaremos eternamente con Israel, y con los descendientes de Araón y todos aquellos que te temen, que eres bueno, y que tu misericordia no reconoce límites (3). Porque ¿qué sería de nosotros sin María? ¿qué habría sido de nuestros primeros padres, de la humanidad y del mundo entero? Y Tú ¡oh María amabilísima! hermoso iris de paz, elegida para sonreír desde los sublimes collados de la eternidad, é infundir consuelo y esperanza á nuestros desgraciados padres; ¡salve! ¡Salve! y no te olvides de nosotros, ¡oh hermosa hija del Eterno! pues somos igualmente miserables y pecadores: ilumina nuestros pasos desde lo alto de tu gloria, para que, fortalecidos con la esperanza de la divina misericordia, experimentemos sus saludables efectos en esta vida, y alcancemos la bienaventuranza eterna. Así SEA.

(1) ISAI. VII, 14.

(2) CANT. I, 3.

(3) SAL. CXVII, 1, 2 y 3.

DIA SEGUNDO.

LA EXPECTACION.

Juxta fidem defuncti sunt, non acceptis repromissionibus, sed á longe eas aspicientes, et salutantes.

Todos estos vinieron á morir constantes en su fé, sin haber recibido los bienes que se les habían prometido, contentándose con mirarlos de lejos y saludarlos.

(HEBR. XI, 13.)

Dios es bueno, hermanos míos: el sol, la luna, las estrellas, las yerbas, las plantas, las flores, y todos los seres de que se compone el bello y magnífico universo, dan de ello testimonio. Dios es bueno, padre de infinita misericordia; y lo prueban Adán y Eva, desterrados sin duda del Paraíso, para procurarse el pan con el sudor de la frente en medio de las tribulaciones y amarguras, de que había de abundar cada vez más la tierra; pero, libres de su culpa y consolados con la promesa de una Redención divina, en la cual encontrarían la salvación. Pero ¡ay! dirá alguien; ¿y por qué cubren toda la faz de la tierra espesas y negras nubes, por espacio de cuarenta siglos, y está escrita en todas partes la fatal sentencia de condenación y de la miseria del hombre; y en los valles, los montes, el mar y en la tierra, no resuenan más que profundos gemidos y suspiros, para llorar el tremendo destino del género humano, tiranizado con furor infernal por el horror y la muerte? En este hecho espantoso, que á la soberbia humana le plugo llamar inexplicable, me obligo á demostraros la infinita sabiduría del Criador; aquella sabiduría que trazó los cielos y los vistió de esplendores, fecundó la tierra, convirtiéndola, un día, en morada de delicias y de inocencia; sabiduría, sin la cual, la bondad y la misericordia no hubieran producido sus admirables efectos. ¡Oh! sí, venid naciones, pueblos y tribus; poderosos, débiles y miserables; en una palabra, cuantos seáis hijos del infortunio y del dolor, que atribulados y vacilantes por entre las antiguas tinieblas del error y del delito, volveis,